

El secreto de Pedro Idel

- 1952 -

Como siempre, la camioneta de la Asistencia Pública produjo gran revuelo en el barrio. Junto con escucharse su sirena, se abrieron puertas y ventanas. El vehículo se detuvo frente al N°587 de la calle Los Naranjos. Todos sabían que esa era la pensión de la señora Rosa Santana.

Dos enfermeros bajaron de la Ambulancia, penetrando con presteza en la casa. A los pocos minutos, volvieron a salir. En la camilla que alzaban entre ambos, había alguien.

Los curiosos alcanzaron a percibir unos zapatos negros y el resto del cuerpo escondido por una sábana. Los hombres actuaron con tal prontitud que no fue posible ver o preguntar cosa alguna. La camilla desapareció; tras ella, dos manos hábiles juntaron las puertas. El motor partió sin dificultad. La camioneta, como una sombra, dobló la esquina y se perdió.

Todos se miraron interrogantes. ¿Qué sucedería? Las puertas de la casa permanecían cerradas; adentro no se escuchaba el menor signo de vida. ¿Quién sería? Nadie osó preguntar. Preso en estas conjeturas, el grupo comenzó a esparcirse. Uno, y otro, y otro. Una reja que golpea. Una ventana que desaparece tras los postigos. Pronto, la calle volvió a quedar desierta.

-Aló, señorita... señorita, usted habla con Rosa... con Rosa Santana. Quisiera tener noticias de un enfermo... bueno, sí, espero... ¿cómo? ¿Me tiene que comunicar con otra sección? Va a ser la cuarta... está bien, sí, espero... gracias, señorita...

Rosa aprovechó para mirarse en el espejo. La pieza estaba oscura; pero ahí, tan cerca, distinguía su rostro en el óvalo del espejo. Sin soltar el fono, contempló su imagen inclinando ligeramente la cabeza hacia uno y otro lado. Arregló un crespo, alisó los cabellos en la nuca y volvió a examinarse.

-Aló, aló... sí, señorita. Usted habla con Rosa Santana. Quisiera tener noticias de Pedro Idel... sí, señorita... un enfermo que llevaron hace poco más de una hora... no, señorita, no soy pariente suya, no... ¿cómo? Ah, soy la dueña de la pensión donde él vive. ¿Cómo? ¿Que me tiene que comunicar con la sección correspondiente? Pero... bien, señorita, aguardaré.

En el espejo, su rostro era redondo; ella lo sabía. Se sabía toda redonda como trazada con un compás. Su figura irradiaba algo limpio y sano. Los

cabellos recogidos en una florescencia de crespos sobre la cabeza coronaban sus ojos vivaces, una nariz respingona y el mentón aguzado. Era generosa de cuerpo. En torno suyo, la vitalidad adquiriría un significado.

-¡Rosita! -gritó de pronto-. Rosita, ven a esperar en el teléfono. Ya me aburrí.

La hija entró. Era una verdadera sombra de sí misma. En vez de caminar, parecía deslizarse entre los muebles. Tomó el auricular de manos de su madre y aguardó sin decir palabra.

Rosa revoloteaba mientras tanto. Arregló las dalias de papel en el florero sin agua; enderezó un cuadro; ordenó los chiches sobre la mesa. Le gustaba su salón. Muchas veces habría podido arrendarlo como una pieza más; pero a ella le gustaba su salón. "Un salón da cierta importancia a la casa". Todo en él le gustaba, le gustaba tal cual: con la planta de sombra, los muebles pesados, los escupitines, dos hermosos escupitines de porcelana junto al sillón y los pañitos tejidos a crochet. Los había urdido uno a uno, pensando en cada abrazo, en cada respaldo de sofá, en su salón.

-¿Nada todavía?

-No, mamá.

-¡Ah! son insoportables en la Asistencia. Lo mandan a uno de sección en sección durante horas. Pero no cuelgues, Rosita. Quiero saber cómo sigue el pobre don Pedro.

De pronto, al pronunciar su nombre, recordó que debía ordenar la pieza. Se encaminó hacia ella. Al entrar vio la botellita en el suelo, el vaso roto.

Limpió ese líquido blanquiczo y viscoso que se pegaba a las tablas, volvió a colocar el frasco sobre el velador. El cubrecama también estaba arrugado y sucio con la huella de sus zapatos. Tendría que lavarlo. ¡Pobre don Pedro!

Rosa tenía una curiosa manía: con el tiempo, llegaba a querer a sus huéspedes. Pedro Idel, por ejemplo, a don Pedro le profesaba un cariño casi maternal. Y sin embargo, ¿qué edad tendría el hombre? Cuarenta, cuarenta y tres años quizás: diez años más joven que ella. Claro que don Pedro parecía mayor. Siempre tan serio, tan respetuoso, tan vestido de negro. Durante los ocho meses jamás le había visto otra corbata que esa de riguroso luto. Y siempre tan cuidado, tan limpio.

-¡Mamá! ¡Mamá!

Rosita gritaba desde lejos.

-¿Sí? ¿Qué sucede?

-Preguntan si don Pedro tiene parientes.

-¡Dios mío! ¿Qué le ha sucedido?

-Nada, mamá. Dicen que se lo han llevado al hospital y quieren saber si tiene parientes para avisarles.

—¿Parientes? No tengo la menor idea. ¿Y por qué no le preguntan a él mismo?

—Parece que sigue inconsciente.

—Déjales el número del teléfono. Que avisen para acá si hace falta algo. Mientras tanto voy a ver si encuentro alguna dirección entre sus cosas.

¿Parientes? Nunca antes pensó en eso. Por regla general, la vida de sus huéspedes comenzaba a interesarle desde el momento en que entraban a su casa. ¿Lo que habían hecho antes? No le preocupaba mayormente, siempre que tuvieran aspecto honrado. Porque Rosa se fiaba en las fisonomías. Otros tienen fe en un certificado de antecedentes o en una carta de recomendación. Rosa, en cambio, creía en los rostros. Múltiples veces su hija le escuchó decir: “Para mí sólo cuenta una explicación honesta”. Por eso no sabía qué cosas escondían los demás en su pasado. ¿Don Pedro tenía parientes? Tal vez. Ella no los había visto.

Pero de pronto, mientras pensaba en Pedro, miles de frases, de gestos y detalles volvieron a su memoria. Frases, gestos y detalles que antes pasaron inadvertidos, ahora adquirirían un significado muy distinto. Se hacían importantes. Entonces lo supo: tras todo eso había algo, algo, extraño, misterioso, algo profundo que, sin conocer, ella comprendía.

Miró en torno suyo. Le pareció sentirse espiada; pero solo vio los muros desnudos del cuarto. Las cuatro paredes sin una fotografía, sin un recuerdo, nada. Como nunca antes, la pieza le transmitió su clima sórdido. ¡Quién podía vivir allí dentro! Ese cuarto necesitaba flores, plantas, algo con vida. Sobre el escritorio encontró varios sobres, hojas de papel, algunos sellos, dos plumas... ¡las cartas! Súbitamente las recordó y, sin saber por qué, ellas lograron cerrar el círculo de su pensamiento.

Desde el primer día... lo recordaba todo. Antes de preguntar si podía o no subir a su cuarto, antes de saludarla siquiera, Pedro Idel inquirió:

—¿Ha llegado alguna carta para mí?

—No.

Entonces por primera vez vio posarse sobre su rostro aquella expresión desilusionada que luego se le hizo tan familiar. El hombre tomó su maleta, una maleta pequeña de cartón simulando cuero amarrada con una correa gruesa, y siguió a Rosa escalera arriba. Pero volvió a detenerse en los primeros escalones:

—¡Y esas cartas que veo ahí!

—¿Cuáles?

—Esas, sobre la mesa.

—Ah, son para otros huéspedes.

—Oh...

Una vez que estuvo en su pieza, preguntó:

-¿Son muchos... los huéspedes?

-No. Dos más. Un estudiante que pasa en la calle todo el día y la señora Caicedo que rara vez sale de su pieza.

-¿Por qué?

-Es sorda.

Rosa, que de costumbre podía hablar durante horas sin tener nada que decir, "por el gusto de conversar", como explicaba ella, sentía ahora una ansiedad irrefrenable de partir. Ese hombre la intimidaba. Era la forma de mirarla. Nada irrespetuosos, no; pero había en sus ojos algo cansado, apesadumado, que la irritaba. Ella no soportaba que la gente contemplara la vida con esa expresión. ¡Es necesario vivir la vida!, solía gritarle a Rosita, en cuyas pupilas descubría idéntica luz a la que ahora hallaba en las del nuevo arrendatario. Pero su hija... eso era distinto, la niña atravesaba una época difícil. Todas las muchachas deben sufrir ese cansancio súbito y desconocido. En cambio, él era un hombre hecho y derecho. Pero, en el fondo, se enojaba más en la palabra que en el pensamiento. Sin explicarse por qué ese sujeto, Pedro Idel, su nuevo arrendatario, le inspiraba lástima.

Buscó entre los papeles. ¡Qué curioso el poder de la memoria! Trae los recuerdos intactos; uno podría cerrar los ojos y volver a hacer los gestos. Como sucedía con esas cartas... lo veía bajar cada mañana, ansioso, sin vestirse todavía, sin afeitarse, él que era tan cuidado de su persona:

-¿Llegó el correo, señora Rosa?

-Buenos días. Sí, sí llegó.

-¿Nada para mí?

-No.

-Ah... buenos días.

Y arrastraba los pies al subir. Extraño, jamás recibió una carta. La señora Caicedo mantenía una correspondencia nutrida, entre sordos es la manera más fácil de comunicarse, explicaba, Rosa a su hija. El estudiante, a su vez, se escribía con sus padres que vivían en el sur. Pero nadie recordaba a don Pedro. Ni una tarjeta, nada. Lo extraordinario de todo el asunto era que él insistía. No se conformaba con las palabras de la señora Rosa y pedía las cartas para revisarlas una por una. ¿Dé quién aguardaba noticias con tanta ansia? Durante un tiempo estas cosas mantuvieron intrigada a la señora Rosa. Cada mañana deseó que llegase la carta para poder descifrar en el reverso el nombre del remitente. Mas, como nada sucedía, pronto olvidó el asunto. La pregunta de Pedro Idel se hizo monótona:

-¿Llegó el correo, señora Rosa?

-No hay carta para usted, don Pedro.

Aún más rutinaria la respuesta. Lograba sí detener el impulso de Pedro en el descanso de la escalera, ahorrándole en esta forma parte del descenso.

Sin embargo, la personalidad de Pedro Idel no dejó de interesarla. Era hombre de costumbres ordenadas. Salía poco; nunca pasó una noche afuera. Cancelaba regularmente su cuenta. Esta corrección agradaba a Rosa, quien, cada comienzo de mes, debía luchar contra la sordera de la señora Caicedo y el vagabundeo, intensificado durante esos días, del estudiante. No, no podía quejarse; don Pedro era el arrendatario ideal. Jamás un reclamo, no molestaba ni hacía ruidos y, por sobre todo, pagaba con puntualidad. Pero si juzgaba las cosas con criterio imparcial, debía confesar algo. Un día lo halló conversando con Rosita. Eso no le gustó. ¿Por qué? Ni la conversación ni la actitud resultaban incorrectas. “Pero una nunca sabe por dónde falla el hombre”. No están de más las precauciones. Nunca están de más. Por lo tanto, prohibió a Rosita que hablara a solas con don Pedro o que entrara a su pieza cuando él estaba allí. La muchacha no comprendió el porqué; pero tampoco se opuso.

Volvió a mirar el cuarto. La espantó ahora. Lo supo frío, desnudo como una celda. Ella estaba acostumbrada a ver muros que desaparecían bajo multitudes de cuadrillos; a ella le gustaban las habitaciones impregnadas de la persona que vivía allí; ella no lograba comprender esta sensación de cripta; tuvo miedo de hablar ya lo mejor había eco en ese cuarto tan pequeño! Ella siempre quiso piezas ahogadas en cosas, con mantelitos y floreros, nunca esta austeridad monacal. La cama en un rincón, el velador a su derecha, un reloj cuadrado sobre él, la mesa, la silla, el ropero simple y solemne... Rosa supo que al pasear su mirada sobre los muebles los estaba destruyendo.

Siguió buscando, pero antes que pudiese leer lo que decía en ese sobre, los pensamientos la atraparon. Había algo más que la asombraba con respecto a don Pedro: nunca lo vio con un amigo, ni con un conocido siquiera. Siempre llegaba y salía solo. Jamás nadie preguntó por él; jamás nadie dejó un recado para él. Si no fuera porque inquiriere con tanta insistencia por las cartas, uno llegaría a creer que no conoce una sola persona en toda la ciudad. Por eso la sorprendió la pregunta hace un rato... ¿tiene parientes? Parientes... ella no los había visto.

Inconscientemente leyó lo que había escrito en aquel sobre. Pero su atención vagaba todavía entre los pensamientos. Sin embargo, la frase despertó la realidad. ¿Qué? Ahí decía: “Señorita Flor de Espino”. Tal cual. ¡Qué nombre tan deschavetado! ¿Quién osaba llamarse Flor de Espino? Tendría que preguntárselo a don Pedro. ¡Extraordinario! ¡Flor de Espino! Era para morirse de risa y de curiosidad. Pero esta última ya la vería satisfecha. Interrogaría a don Pedro, porque “si tengo algo que decir, lo digo; si tengo algo que preguntar, lo pregunto”, sostenía casi como un lema. Los pensionistas ya se habían acostumbrado a esa franqueza. Hasta don Pedro. Recordó la escena...

Como resultaba un tanto cansador responder con negativas a las preguntas que, dos o tres veces en las veinticuatro horas, hacía Pedro Idel sobre la correspondencia, Rosa ideó un método que sin duda le ahorraría trabajo. Mandó a fabricar lo que ella llamó un mueble-casillero. Resultó ser una repisa con tres compartimientos, uno para cada huésped. En ella distribuía las cartas y los mensajes. Se ahorraban conversaciones y enojos inútiles, agregó Rosa.

La escena que ahora recordaba sucedió dos o tres días después que había colocado su famoso mueble-casillero. Una mañana sorprendió a don Pedro bajando por la escalera con los ojos cerrados. Avanzaba con dificultad, golpeándose contra los muros, amenazando caerse a cada paso. Sin embargo no alzaba los párpados. Una vez que estuvo ante el casillero, aguardó un instante todavía. Rosa nunca había visto una expresión como aquella. El rostro se hizo pálido, una vena comenzó a palpar en la sien, entreabrió los labios. La mujer creyó que se iba a desmayar y estaba pronta a socorrerlo, cuando Pedro lenta, lentamente entreabrió los ojos. Como de costumbre, su casillero estaba vacío. Entonces Rosa asistió a una transformación sorprendente: la vena cesó de latir, la boca endureció su gesto y una tristeza, una tristeza desgarradora, invadió la cara de Pedro Idel. Vencido, el hombre se dio vuelta y caminó hacia la escalera. Ello no pudo retenerse y dijo...

-¡Mamá!... llaman del hospital -la voz de su hija desde el piso bajo.

-¿Qué?

-Lla-man-del-hos-pi-tal...

Bajó rápidamente.

-Aló... sí, soy yo... sí, sí, aquí vive ¿Qué dice? No, no somos parientes: esta es una residencial, yo soy la dueña. No... no sé. He estado buscando entre sus cosas; pero no ha aparecido ninguna dirección... bien, seguiré buscando... diga no más... ¡Cómo! Sí... sí... sí, hace una hora, poco más... en el hospital hace una hora... pero... bien, bien, pasaré...

Colgó el fono. Se produjo un silencio muy hondo. En ese clima dijo:

-Murió.

-Don Pedro...

-Sí. Hace una hora, en el hospital. Ahora llamaban de la Asistencia. No pudieron salvarlo.

-Don Pedro... murió...

-Se agravó de repente.

El silencio se tornó más profundo. Una tarde prematura entró por las ventanas del salón. Rosa se sintió débil; por primera vez en su vida se sintió débil. Eso me sucede por ponerme a pensar como una tonta. Pero la reflexión no adquirió hondura, en cambio, tuvo un gesto hermoso: recogió

esas flores de papel y, con la brazada junto al pecho, subió a la pieza de Pedro. Una vez allí, las desparramó sobre el lecho.

¡Pobre hombre! Una voz repetía esa frase en su cerebro. Pobre hombre, todo en el cuarto se impregnaba de una extraña realidad ahora que lo sabía muerto. Estaba muerto. Aquellas dos palabras era lo único irreal todavía. Estar muerto. ¿Cómo? Estar muerto. ¿Dónde? ¿Hacia dónde van los muertos? Qué me pasa hoy día, exclamó Rosa, tanta tontera que se me viene a la cabeza. No obstante, resultaba imposible rechazar los pensamientos. Un hombre, Pedro, había muerto. Nada tuvo que ver en su vida, sin embargo esa muerte le afectaba. Ni cuando falleció su marido... ¡ah, pero entonces era una niña, Rosita acababa de nacer! La contestación brotó a pesar de ella misma ¿Y qué importancia puede tener? ¿Hay que ser vieja para comprender la muerte, para comprenderla como ella ahora? Acaso los jóvenes no saben, no imaginan, no se dan cuenta. Sí, es necesario ser vieja para penetrar en el sentido de esa muerte. ¡Cómo había cambiado la pieza con esas flores sobre el lecho! Alguien juraría que escucha risas... sí, es necesario ser vieja para comprender sin saber muy bien qué es lo que sucedió a Pedro. Nunca antes pensó en un ser así, es decir, en su vida como algo cerrado, definitivo, concluso. La muerte de Pedro completaba la vida de Pedro, ataba un cabo a otro cabo, resultando un anillo perfecto. ¿Qué palpita en su centro? ese... ese secreto que el instinto le obligaba a descubrir sin lograr, eso sí, descifrarlo. Un secreto en la vida de Pedro. Tal vez, al terminarse, todas las existencias escondían un secreto. ¡Se diría que entra más sol en esta pieza desde que las flores están sobre la cama! ¿Sol de dónde? Más vale no seguir pensando.

Distraída aún, Rosa se acercó a la mesa y reinició su búsqueda. Había varios recortes de periódicos. Una página entera, encabezada por un gran título: "Consultorio Sentimental". ¡Qué raro! Lo último que se le habría ocurrido encontrar entre las cosas de don Pedro. Uno de los párrafos estaba encerrado en un círculo de lápiz rojo. Leyó: "Señorita de 40 años, muy sola, culta y amiga de los buenos libros, busca caballero misma edad o mayor con quien corresponder. Escribir a Flor de Espino...". Bajo la página, encontró una carta: "Estimada Flor: Aun cuando no ha contestado a mi primera...". Y ahí se interrumpía. La pluma trazó tres o cuatro puntos tímidos tras la última palabra. Miró la fecha y vio que había sido escrita dos días antes. Ahora siguió buscando. Ya no podría detenerse. Ahí, entre esos papeles, se encontraba el secreto. Lo sabía tal cual uno siente, de pronto, que la tierra va a temblar. Era una sensación curiosa, casi animal, nada lograría hacerla retroceder. Ya no se trataba de violar los misterios de un muerto, de llevar la curiosidad hasta la indiscreción, sino de recuperar su tranquilidad, de *saber* sobre todo.

Descubrió otros recortes de diario, nuevas páginas de "Consultorio Sentimental" con algunos párrafos tachados y, junto a ellos, las palabras "No contestó" escritas con lápiz rojo. También había algunos avisos de propaganda, una pasta dentífrica, un nuevo desmanchador, y todos finalizaban diciendo: "Si desea recibir a vuelta de correo una muestra *absolutamente* gratis de nuestro producto, recorte el cupón adjunto y envíelo a la dirección indicada". Los cupones habían sido recortados.

Pero Rosa no se detuvo; buscaba siempre, afanosamente. Encontró otra carta. Mas, tan embebida como estaba en la búsqueda, solo tuvo tiempo para leer la primera frase: "Estimada Rosita" y siguió de largo. Al segundo se inmovilizó. ¿Cómo? Rosita... ¿acaso su hija? Entonces no eran infundadas sus sospechas, porque...

"Estimada Rosita:

"Sin duda esta carta la sorprenderá. Me lo he repetido muchas veces, así como muchas veces he arrojado al cesto las hojas apenas comenzadas; pero ahora he tomado una decisión y ella es explicarle por qué le escribo. Confío que usted sabrá comprender.

"Resulta difícil dar a conocer a una muchacha en qué consiste la soledad. La gente joven no tiene tiempo para sentirse sola. Pero los viejos, los viejos como yo, mi querida Rosita, bien sabemos lo que eso significa. Todos creen que son solitarios los que lo desean. De ahora en adelante podrá gritarles a esas personas lo ignorantes que son; nada saben; conocen la palabra, pero no su sentido... a veces se está solo a pesar de uno mismo. Hay seres que buscan la compañía de otros, la conversación de otros, el cariño de otros, sin lograrlo jamás. ¿Timidez? Quizás ¿Destino? Tal vez. Lo cierto es que aquello sucede. Se ansía hablar y la voz no obedece; hacer un gesto de ternura y la mano está inerte; comunicarse por fin y todas las puertas ya se han vuelto a cerrar: eso es estar solo. No obstante, hay algo peor aún. Es lo que yo llamo estar solo entre los demás. Es decir, si uno avanza sin compañía por un desierto, no resulta tan horrible, hasta cierto punto es natural; pero si uno se siente solo en una calle, entre la gente, cuando ellas hablan y gritan, entonces la sensación se torna insoportable. Seguramente usted jamás ha experimentado la angustia. Aquello nace muy adentro y no se sabe cómo llega a la garganta. Eso es lo atroz.

"Yo he vivido esa soledad entre los otros; no he hecho otra cosa desde hace mucho tiempo. No vaya a creer, Rosita, que no he tratado de solucionarla. He ensayado todos los medios, lo humanamente posible. La historia es larga, porque nació cuando era niño, hijo único por cierto de padres no muy jóvenes. Pero resultaría demasiado extenso que le contara todo eso. Bástele saber que busqué una salida; pero hasta hoy no la he podido hallar. ¿Timidez? me pregunto a veces. Quizás. Siempre digo la frase amable cuan-

do ya es tarde y las pocas personas de las cuales pude llegar a ser amigo, partieron antes que yo lograra explicarles el motivo de mi silencio. Me cuesta intimar con la gente. Me cuesta mucho.

“Así, buscando, llegué a esta casa. ¡Cuántas veces me he mudado con la secreta esperanza de hallar en la nueva pensión un fin para esta extraña soledad! En un comienzo las cosas no me parecieron mejores que en otra parte. La señora Rosa, su madre, es un ángel; pero un ángel que tiene su propia vida, sus propias preocupaciones y los demás la dejan indiferente. A la señora Caicedo y al estudiante no he logrado verlos aún. Este último pasa en la calle y en cuanto a la señora Caicedo, a pesar de que muchas veces he decidido ir a visitar a su pieza, nunca he llevado a cabo mis planes. ¿Qué podría decirle unas vez allí? ¿Cómo explicarle mi presencia? No, todo era igual hasta que conversé con usted hace un instante. ¿Recuerda? En el salón. Usted estaba leyendo, yo entré de repente y ambos nos asustamos en un comienzo. Pero después empezamos a hablar y parecía que nos hubiésemos conocido durante siglos. ¡Las palabras brotaban con tal facilidad! Créame, Rosita, nunca había conocido una dicha mayor. Por ejemplo, ahora veía cosas que antes nunca me llamaron la atención, cosas como el sol entrando por esa ventana, jugando sobre las plantas de sombra... y hasta se me ocurrió una idea, estúpida si usted quiere, pero que traduce mi estado de ánimo en ese momento. Me dije: ‘Cuando el sol toca esas hojas, las transforma en charol verde’. ¡Charol verde! Ha oído algo más absurdo. Y eso se prolongó hasta que entró su mamá. Después me vine a la pieza a escribirle esta carta. Nunca lograría expresar estas cosas, hablando quiero decir, y deseo que las conozca, porque creo que vamos a llegar a ser muy buenos amigos...”

Luego había dos líneas en blanco, otra fecha y la carta continuaba: “Hoy por fin he comprendido. En un comienzo no atiné a explicarme por qué me rehuía. Ahora sé que es su madre quien se lo ha ordenado. ¿Por qué? Supongo que esa razón, como tantas otras, no llegaré a conocerla.

“Me extrañó que, de pronto, contestara con monosílabos a mis preguntas y ya no me recibiera con esa sonrisa encantadora con que lo hizo el día aquel en el salón. Pensé que tal vez habría cometido alguna torpeza. Créame, si hubo tal torpeza fue absolutamente involuntaria. Yo solo le deseo el bien. ¡Quería llegar a ser su amigo! Pero no se puede luchar contra lo que acontece. Eso por lo menos ya lo he aprendido. El oponente sólo logra ser arrastrado. Dicen que uno lleva escrita su vida en la palma de las manos, y creo que los que eso afirman están en lo cierto.

“Como esta carta iba dirigida a usted, tengo que contarle todavía otro pequeño secreto. Esa misma soledad de la cual le hablé, me llevó a escribir cartas. Curioso, en ellas logro expresarme con mayor fluidez, no se atrope-

llan las palabras como al conversar. Escribí a uno y otro lado, contes anuncios de periódicos, avisos comerciales, todo; pero jamás llegó una respuesta. Creo que no tengo suerte. Claro que estas cosas agravan la sensación aquella y una carta sin contestación se transforma en algo como un pequeña muerte. Por eso ansié esas cartas. No obstante, el cartero nunca trae cosa alguna para mí.

“Eso es todo. Ahora ya sabe el último de los secretos. No, no estoy bromando. Al contrario. Pero usted, Rosita, no conocerá esta tristeza, porque esta será la primera carta, en toda mi vida, que no mandaré...”.

Otra interrupción, definitiva esta vez. Solo al término de la hoja esta frase borroneada con lápiz rojo: “Tal vez mañana”.

Rosa dejó caer la carta. ¿Por qué se sentía tan culpable? ¿De cuál oscura célula de su cuerpo nació esto... esto que no podía llamar sino remordimiento? Por primera vez en toda su vida se supo atada a lo que vivía en torno, a los otros; extrañamente tuvo la revelación de que sus movimientos no eran solo suyos, sino que despertaban resonancias en los demás. La idea la paralizó con un grito era capaz de matar a alguien. Pero no quería pensar. El recuerdo resultaba un refugio tanto más seguro. “Tal vez mañana”.

Mañana, esa mañana. Súbitamente la vio tal cual la descubriera desde la ventana de su pieza. Esa mañana hermosa, detenida sobre la calle. Ya estaba en ella. Tuvo ansias de cantar y como a ella nadie le impedía realizar sus deseos, cantó. La voz, lejos de ser perfecta, trepaba por los barrotes, escalaba muros, iba hacia arriba.

—Buenos días —le gritó don Pedro al mismo tiempo que ella lo escuchó precipitarse escalera abajo. Había dicha en la voz del hombre; esto la sorprendió. Antes de que alcanzara a contestar su saludo, el hombre atravesó la pieza, deteniéndose frente al casillero. Rosa vio una carta en el compartimiento que le pertenecía. Pedro la agarró.

—Oh...

—¿Qué hay, don Pedro?

—Es... es para la señora Caicedo.

—¡Tan distraída esta Rosita! Ella distribuyó el correo y sin duda se equivocó.

—Sí, se equivocó. Es para la señora Caicedo —repitió—. La vi desde arriba y pensé que...

Dejó la carta sobre una mesa. Cualquiera juraría que el mundo se nubló de pronto. Pedro empezó a subir lentamente, los brazos muertos, como un sonámbulo. Pero algunos segundos después, su paso aceleró el ritmo hasta que, al llegar al segundo piso, parecía correr. Entonces Rosa escuchó el portazo.

No volvió a verlo en el resto de la mañana. No le extrañó tampoco. Don

Pedro no acostumbraba salir antes de almuerzo. A mediodía, cuando entró a su pieza para hacer el aseo, lo encontró boca abajo sobre el lecho, la botellita y el vaso rotos en el suelo.

Su grito remeció la casa. Nadie podía escucharla: Rosita había salido y la señora Caicedo... bueno, la señora Caicedo no oiría ni los derrumbes del Juicio Final. Cuando pudo moverse, sólo atinó a correr al teléfono y llamar a la Asistencia.

Esa era la mañana. Esa era la mañana. Esa era la mañana. No quería pensar en otra cosa. Sintió frío, tenía las piernas acalambradas. Mañana, mañana, mañana seguiría buscando. ¡Mañana! Y la palabra le dio fuerzas para levantarse, llegar hasta la puerta. Al salir, la cerró tras de sí, aislando esa habitación del resto de la casa.